

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.— Nú-
mero suelto, 10 céntimos.— A tres meses, 25.— Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

Curiosidad filatélica

SELLOS CON LOS RETRATOS

ORENSE, FIGUERAS, RUIZ ZORRILLA Y CASTELAR

Están admirablemente grabados por el re-
nombrado artista don Bartolomé Maura.
Precio de cada sello 25 céntimos.
Los pedidos á la administración de EL
MOTÍN.

Ó DENTRO Ó FUERA

Romero Robledo ha afirmado su fe
monárquica después de una entrevista
con la regente en San Sebastián.

¿Qué dicen ahora los republicanos que,
llevados del mejor deseo, sin duda, ha-
blaban ya de ponerse á sus órdenes?

Alegramos de que dirigiese á la re-
gencia en sus discursos veladas amena-
zas, nada más natural. Creer que era el
hombre llamado á ponerse á nuestro
frente, sin hacer declaraciones precisas
y claras, nada más cándido.

Y, no obstante, tiene su explicación.
Estamos tan necesitados de un hombre,
ó de varios, que tomen energías ini-
ciativas, que creemos verlo en cuales-
quiera que alza un poco el grito.

Romero, ducho en las marrullerías
políticas, necesitaba encaramarse sobre
alguien para hacer miedo en las alturas.
Lo ha conseguido ayudado por los re-
publicanos, que casi llegaron á ver en
él un salvador, y una vez conseguido,
ha dado un puntapié á la escalera. Es
muy natural, siendo él quien es.

Sirva de lección á los republicanos
que han caído en el lazo, y no olviden,
como tampoco los demás, que nuestra
fuerza está en nosotros.

Los amigos de Romero, por ver si le
conservan para mañana parte de la po-
pularidad adquirida últimamente, hacen
correr la voz de que todo lo que dice y
hace es por disimular, para engañar me-
jor. Muy tontos nos creen cuando pien-
san que aceptaremos esa disculpa.

Romero no trabajará contra la dinas-
tía mientras conserve la más pequeña
esperanza de que puede contar con él
un día, directa ó indirectamente. Y como
está decidido á tener siempre esa espe-
ranza, claro es que nunca trabajará.

Pero aun suponiendo que, por despe-
cho, resolviera renunciar á esa esperan-
za, ¿querría mantenerse nadando entre
dos aguas, y esto es lo que ningún re-
publicano puede secundar dignamente.

¿Quiere Romero aplausos de la opi-
nión republicana, y ayuda, y un partido,
en fin? Póngase enfrente de la dinastía,
reuna á sus amigos, échese al campo al
grito de ¡viva la República!, y si nada
consigue, salga para el destierro á don-
de él mandó á Ruiz Zorrilla. Y tenga
por seguro que, sin más que esto, se
convertirá en jefe de casi todos los re-
publicanos.

Pero mientras no haga más que char-
lar, dejando entrever actitudes que nun-
ca confirma, no cuente con nadie. El que
quiera algo de nosotros ha de traernos
lo que nosotros no encontramos entre
nuestros directores: voluntad demostra-
da en toda ocasión, energía convenien-
temente utilizada en todo momento. Pa-
ra inutilidades brillantes, con las que
tenemos nos sobra; y con historia lim-
pia, lo que no le pasa á Romero.

Con que lo dicho. ¿Quiere el monár-
quico ese colocarse el primero entre no-
sotros? Pues á preparar un gran movi-
miento revolucionario y, vencedor ó ven-
cido, no habrá quien le dispute el puesto.

Hasta tanto, sepa que no olvidamos
aquello de «el que no está con nosotros,
contra nosotros está».

Fuerza sin aplicar

Los republicanos estamos completamente
desorientados. Andamos buscando por todas
partes la fuerza que en nosotros, y sólo en
nosotros, existe. Y en el caso de que no exis-
tiera, sería en balde buscarla, porque nadie
nos la daría.

Una máquina de gran potencia motriz,
desmontada, ¿qué fuerza manda? Ninguna.
Búsquese un buen mecánico que la monte
bien, y desarrollará cuanto tenga.

El partido republicano semeja esa máqui-
na; tiene una gran fuerza, pero no puede

aplicarla. Los mecánicos en quienes ha con-
fiado, no han cumplido con su deber.

Dicen que tiene varios defectos, y es ver-
dad. Pero ¿para qué sirven los mecánicos
sino para remediarlos? Aparte de que sus
defectos no son de construcción, sino de fal-
ta de inteligencia ó de cuidado en aquellos
que la condujeron.

A puro ver la máquina republicana sin
funcionar, los mismos que sabemos cuánto
vale, llegamos en ciertos instantes á creer
que ya no sirve: pesimismo disculpable, pero
contra el cual hay que precaverse; así como
debemos curarnos de la manía de encomen-
dar de nuevo el montar la máquina á los
que, ó no saben, ó no quieren, á juzgar por
la experiencia de tantos años.

¿No nos curamos de esto? Pues será inútil
cuanto hagamos. Y llegará un día en que
efectivamente para nada servirá la máquina.
Oxidada, rota, con muchas piezas perdidas,
será preciso fundirla y hacer otra nueva.

Ese caso no ha llegado aún, pero puede
llegar pronto, si no nos convencemos todos
de que la máquina es buena, que sólo falta
quien sepa armarla para que funcione, y que,
funcionando, mandará tal fuerza, que podrá
mover todas las que son necesarias para re-
generar el país.

¿Un mecánico bueno! He aquí lo único
que nos falta.

Se equivocan, por lo tanto, los que andan
buscando fuera de nosotros la fuerza que sólo
nosotros tenemos.

Un jefe puntual

Si, era puntual y por lo mismo exi-
gente.

Daba ejemplo de puntualidad, para
exigírsela á todos.

La puntualidad era la gran manía de
mi inolvidable coronel.

¿Cuántas agarradas dicen que tuvo
con la coronela por la pícara puntuali-
dad!

Una mañana tenía que pasar revista
de armas á las seis en punto.

Despertóse á las cinco; pero las sába-
nas bastante pegajosas, la mañana un
tanto fresca y la coronela todo lo con-
trario, comprometieron la puntualidad
del coronel y causaron un disgusto que
dejó memoria en mi valeroso regimiento.

La fuerza estaba formada con anticipa-
ción en el patio del cuartel. Iban á
dar las seis y el coronel no llegaba;

pero todos estábamos seguros de que, si
no había reventado aquella noche, en-
traría por las puertas á la primera cam-
panada.

Entretanto el coronel, hecho una fu-
ria por haberse levantado tarde—todo
por culpa de la coronela—se vestía con
precipitación, montaba á caballo y ga-
lopaba en dirección al cuartel.

Dieron las seis.

Desde los jefes hasta los cornetas,
desde los quintos hasta los reengancha-
dos, todos estaban verdaderamente sor-
prendidos.

El teniente coronel, especialmente,
parecía aterrado.

Pasaron cinco minutos.

Ya nadie dudaba que al coronel le
había sucedido alguna cosa.

Algunos creíamos que se había muerto.

Por fin se oyó el galope de un caballo.

—¡El coronel!—gritó el centinela de
la puerta principal.

—¡Firme!—dijo con satisfacción el
teniente coronel.

El coronel entró en el patio á galope
y rebotando ira.

Se acercó reloj en mano al teniente
coronel, y díjole con acento de enconada
furia:

—¡Las seis y diez minutos!

—Sí, mi coronel.

—La revista debió pasarse á las seis...
queda usted arrestado... queda arresta-
do el regimiento.

Y se arrestó á sí mismo.

NICOLÁS ESTÉBANEZ

LUIS BONAFOUX

Los empleados del ferrocarril de Asnières
á París ven llegar invariablemente todas
las mañanas á un hombre joven, pequeño,
enjuta, nervioso, de esos que, vistos una vez,
no se borran ya de la memoria.

El ancho pantalón de cuadros, la corbata
llamativa, la chistera de alas planas con cin-
ta de terciopelo, le dan el aspecto de un ori-
ginal de los que pululan en el Barrio Latino.
La cara, de un hermoso color cobrizo, apa-
rece surcada en plena juventud por un olea-
je de arrugas, siempre en movimiento, como
resultado de la incesante gimnasia á que se
ven sometidos los músculos faciales por el
nervioso impulso de los gestos, guiños y
muecas que acompañan á la menor palabra.
Los ojos irónicos, oscuros y burlones, titi-
lan tras unos lentes de oro.

Es Bonafoux, el famoso Luis Bonafoux con
su cara original y simpática, que no tiene el

menor rastro de semejanza con ninguna de
la de los escritores de nuestra época. Su úni-
co parecido lo encontró Pepe Naken: «Si
Bonafoux se afeitara el negro y brillante bi-
gote que con tanto mimo acaricia y retuerce,
sería el vivo retrato de Voltaire joven.»

Hace tiempo que no vive en París.

—Aquello es una asquerosidad—dice con
su acento de eterna indignación paseando
por su jardincito de Asnières, rodeado de
cuatro hijos—que tal vez no son más que la
avanzada de los que están por venir—y ha-
blando con entonación de enamorado á su
Ricarda, la buenisima y dulce esposa que le
ha seguido en todas sus vicisitudes con el ca-
riño de la mujer y la firmeza del camarada.

—Los escritores!... ¡Fíate, lector, de las apa-
riencias! Hay en Madrid y en otras partes
autores moderados y católicos que truenan
contra la inmoralidad liberal en estos tie-
empos en nombre de los sanos principios, y
tienen puesto un piso en cada calle ó los re-
cogen los guardias al amanecer hechos una
uva.

En cambio hay que oír cómo juzga el pú-
blico serio y sesudo al simpático Bonafoux.

—Un descarado, sin pudor ni vergüenza.
Sólo escribe porquerías.

Y no saben que ese periodista que descri-
be todas las inmoralidades de París con la
misma finalidad que el gran Zola, para afren-
tar á la prostituta universal con el espectá-
culo de su propia podredumbre, es un hom-
bre que no pernoca en el boulevard con las
cocottes, sino que duerme en el campo, en
una casita donde suena como aleteo de ánge-
les la dulce respiración de cuatro cabecitas
infantiles; y por la mañana, entre dos cróni-
cas, con los dedos aún manchados de tinta,
juega con sus hijos, que son sus tiranos, y
galopa con ellos por el jardín, á la misma
hora en que alguno de los muchos que en
América ó España guardan el escorzo de
sus pinchazos, se lo imaginan desayunándose
con una chuleta de magistrado y una copa
de sangre de doncella impúdica.

Incapaz de reposo y de silencio, su cara
es una ametralladora de gestos y palabras.
Cuando no sabe de qué hablar, hace muecas;
no existe en el mundo temperamento nervio-
so que desahogue su inquietud con tanta
gracia é ingenio. Habla siempre en serio,
vive en perpetua indignación, y sin embargo
es imposible estar junto á él sin reír á todas
horas, admirando su modo de herir al ene-
migo.

¡Ah Bonafoux simpático y bueno! Adop-
tó el papel de hombre terrible y malo, y yo
no conozco nadie tan probo y de tan tiernos
sentimientos. Quiere morder á todas horas,
pero abre tanto los dientes, pilla tan gran
bocado, que acaba por no dañar al enemigo.

Otros que pertenecen á la dulce cofradía
del *agua mansa*, cuando hablan del que
odian, deslizan con suave sonrisa algo verosí-
mil que afecta á su honra y puede ser creí-
do por todos. Bonafoux, no; cuando comba-
te á alguien truena como una pieza Armstrong,
asegura que su enemigo se dedica á robar
capas por la noche, que se ha comido dos
hijos, que asesinó á su padre y abrió en ca-
nal á su abuela; lo afirma á gritos, convenci-
do y solemne, y los amigos acaban por reír,
con lo cual el ataque termina en broma.

Y cuando sus infinitos y entrañables ene-
migos de ambos hemisferios le insultan y
amenazan... desde lejos, hay que oír con que
gracia contesta Bonafoux. Es el único espa-
ñol que ha comprendido los deberes de la
profesión no mezclando el arte de escribir
con la matonería. Claro que si le dieran un
palo en la calle, no se mostraría manco; pero
mientras las injurias sólo son de palabras,
las contesta con palabras, y siempre es el
enemigo quien sale perdiendo.

«En estos tiempos—decía un escritor fran-
cés—el llamarse dos periodistas ladrón, pillo,
tunante, etc., en letras de molde, sólo signi-
fica que no son de la misma opinión.»

Esta es la verdad; y cuando Bonafoux re-
cibe anónimos de Madrid ó horripilantes car-
tas de algún *guachandango* americano, es el
primero en publicarlas, poniéndolas en solfa
en sus artículos.

Hace poco tiempo, al separarme de Bona-
foux en una calle de París, me decía un es-
pañol notable que conoce todas las cosas de
la colonia:

—Este Luis me ha puesto en ridículo mu-
chas veces en sus artículos, y sin embargo le
quiere. Es el hombre más honrado que co-
nozco. Ha podido hacer una fortuna sólo con
no atacar á ciertos bolsistas con título nobi-
liario que explotaban las desgracias de la
guerra de Cuba; pero nunca ha querido oír-
les. Sólo tiene la pluma para mantener á la
mujer y los hijos en este París donde la vida
es tan cara... ¡Y aún dicen que es malo!

¡Excelente Luis! Los empleados del ferro-
carril le saludan todas las mañanas; los em-
pleadillos y las viejas burguesas que van á
París por sus negocios hablan con él admi-
rando sus gestos, su inaguantable chorro de
palabras, sus frases rampantes que siempre
hacen presa, y contemplan con devoción su
chistera estrambótica y la cinta roja de la
Legión de Honor anudada en la solapa del
gaban.

—Es un señor moreno y condecorado
que vive en Asnières.

Esto es todo lo que saben de él. Ignoran
que al otro lado de los Pirineos hay un pú-
blico de muchos miles de entusiastas que se
sorben cuanto sale de la mano del primero
de nuestros cronistas.

BLASCO IBÁÑEZ

PATERNIDAD

Despacho elegante. Personajes: Ri-
cardo, cuarenta y dos años; Amalia,
treinta y ocho; Adolfo, doce.

Ricardo, sentado, leyendo un periód-
co; Amalia y Adolfo entran. Amalia
viste traje de mañana, muy sencillo;
trae la mantilla puesta y tres ó cuatro
libros de oraciones en la mano. Adolfo
viste un traje negro, azul oscuro. As-
pecto de colegial bien reglamentado,
bien peinado; trae también un libro de
misa. Al entrar se arroja delante de
su padre y le besa la mano. Amalia le
contempla con satisfacción.

Adolfo.—¿Me perdona, papá?

Ricardo.—(Tristememente afable.) ¡Hi-
jo!... Levanta... Dame un beso... Tem-
prano habéis salido, con lo fría que está
la mañana...

Amalia.—(A Adolfo.)—Ve á tomar
el desayuno... Yo voy en seguida...

Ricardo.—¿No habéis tomado nada?

Amalia.—(Severa.)—¿Qué cosas tie-
nes!

Adolfo.—¿Papá! ¿Antes de comulgar?

Ricardo.—(Enmendándose.)—Sí, ya
sé... Quise decir antes de volver á casa,
en cualquier chocolatería...

Amalia.—Por media hora más ó me-
nos... Anda, hijo mío. (Adolfo sale.)

Ricardo.—Van dos veces en quince
días... ¿Es eso lo que convinimos?

Amalia.—Ya estás enfadado.—Ten-
dremos paciencia. ¿Sabes el día que es
hoy? ¿Sabes por quién hemos aplicado
la comunión?

Ricardo.—Sí, lo sé todo. No me exas-
peres.

Amalia.—¿Jesús! ¿Dios me libre!...

¿Quieres que tu hijo sea como tú?

Ricardo.—¿Mi hijo? ¡Dí tuyo.

Amalia.—¿Qué cosas dices!

Ricardo.—Tuyo, sí. No tienes tú la
culpa. Te dejé que lo educaras á tu gusto;
nunca intervine con mi autoridad
para impedirlo.

Amalia.—¿Para impedir qué? ¿Que tu
hijo tenga creencias, que sea cristiano?

Ricardo.—Para impedir que llegara
el caso de que mi hijo me considere con
desdenosa compasión, de que me crea
un réprobo por quien hay que pedir y
rezar á Dios; para impedir que hoy, al
oírle, al mirarle no me conozca en él,
porque no hay en él nada de mi vida,
de mi pensamiento, de mi alma... Y yo
que te hubiera matado mil veces si hu-
biera sospechado siquiera que ese hijo
de mi vida y de mi sangre no lo era,
he consentido un adulterio espiritual;
he consentido que infundan en mi hijo
un espíritu que no es el mío... Y ahora,
ya tarde, lo siento con horror y reniego
de mi paternidad... Y como yo, tantos
padres, por indiferencia, por tolerancia,
hemos dado el ser á una generación que
nos llevará... ¿Quién sabe á dónde?...
Sí, la culpa es nuestra; es de los que
nacimos entre los tiroteos de las barri-
cadas, de los que aprendimos con sangre
y con dolor del alma lo que cuesta la
libertad de espíritu y de conciencia, y
porque nos creímos libres para siempre,
fuimos tolerantes... Y no contamos con
que vosotros, mujeres, resucitaríais en
nuestros propios hijos á los enemigos
de la libertad y de la tolerancia.

Amalia.—¿Pero Ricardo, Ricardo!...

¿Te has vuelto loco? ¿Tú quieres matar-

me! (Rompiendo á llorar.)

Ricardo.—(Si, hora, llora!... Con
vuestras lágrimas y vuestros rezos, go-
bernáis el mundo... ¡Así anda ello!

JACINTO BENAVENTE

LA FIESTA LATINA

¡Los toros! Más bárbaro es el *boxeo*. Do-
madores, acróbatas y *jockeys* arriesgan su
vida más que los toreros. Las riñas de ga-
llos revelan mayor crueldad para con los
animales que las corridas. Sea. Pero he de
confesar que nunca me persuadieron tales
razones. Si otros países tienen costumbres
todavía más salvajes, allá se las hayan. La
barbarie ajena no ha de servir para justifi-
car la propia. Corrijamos la nuestra y cada
cual atienda á la suya. Discurrir de otra
manera equivale á decir: «Es verdad que
pego á mi mujer; pero yo he conocido á un
canalla que mató á su madre.»

Lo que estos argumentos no han logrado
conmigo, lo ha conseguido Juan Valera con
los suyos. ¿Cómo resistir al razonamiento
del ilustre veterano de las letras? Valera
ve en los héroes de la coleta tipos acabados
de la belleza varonil, cuyas formas, muy
gustadas por las damas, producirán en los
don *Líquidos* enleques y caequisimos de
nuestra burguesía una saludable emula-
ción. Además las mujeres, por especial re-
verencia hacia los toros, se ponen la man-
tilla y abandonan el sombrero. Todo lo
que en sombrerotes no se gaste, se consu-

mirá en vitalla. De esta suerte renacerá
la cocina nacional que se halla en lamenta-
ble decadencia. De los colmados, figones y
tiendas de montañeses en que los toreros
se regalan, saldrá la regeneración de Espa-
ña. Propáguese la tauromaquia y todo es-
pañol tendrá una gallina en su puchero.

No es cosa fácil distinguir cuándo don
Juan habla de burlas y cuándo de veras. Si
esto es broma, como lo parece, ¿no sería
broma también aquello otro que dijo en
ocasión solemne poniendo la regeneración
en el quietismo? Y si aquello fué serio, ¿por
qué no ha de serlo esto igualmente? Broma
ó no, ello es que la dialéctica de don Juan
ha tenido la virtud suficiente para conver-
tirne de improviso á la santa religión del
toro. Sólo que mi interés por los festiva-
les sangrientos no se para ya ahí. Siempre
se distinguieron los neófitos por el exceso
de su celo. ¿Por qué detenerse en las corri-
das de toros y no restaurar la gran fiesta
latina, honra de nuestra raza? Por algo se
ha llamado *arenas* á la nueva plaza de to-
ros de la ciudad condal, como á las de Ni-
mes y Arlés. Con una ligera reforma todas
nuestras plazas de toros servirían perfecta-
mente para la gran fiesta de que era faná-
tico aficionado el pueblo-rey. Con una mo-
dificación no mucho más profunda, cuantas
razones se alegan en defensa de los toros
podrían ser aplicadas á los combates de fier-
ras y á las luchas de gladiadores.

Mucho se ha encarecido la belleza del
cuadro que ofrece el circo taurino; la ani-
mación y algazara del concurso; la mancha
de color que forma la abigarrada concurren-
cia; las mujeres, con sus tocados vistosos,
destacando del fondo uniforme; el tumulto
de una muchedumbre ebria, á lo menos,
de alegría. ¿Cuánto más hermoso debió de
ser todavía el circo romano! La fantasía se
complace en resucitar la deslumbradora vi-
sión. Bajo el cielo radiante de Italia la mul-
titud llena la inmensa gradería. Allí acuden
el patricio, poderoso y rico, con su lu-
cido séquito de clientes y libertos; la dama
altiva, heredera del empaque, ya que no de
las virtudes de la matrona antigua, aquella
dama del imperio decadente que nos pinta
Juvenal entregada á todos los deleites, cas-
tigando de muerte al esclavo por un capri-
cho mujeril; el senador, despojado de su
poder y dignidad, convertido en vil corte-
sano de la tiranía, pero conservando aún
las exteriores apariencias de la perdida ma-
jestad; el bárbaro, venido de los últimos
confines del imperio para admirar atónito
las maravillas de la grandeza romana; la
plebe agitada y turbulenta, desposeída de
la soberanía y envilecida por el despotismo,
pero no curada de la soberbia de su perdi-
da ciudadanía que hizo un tiempo á cada
romano más grande y poderoso que un rey,
y presidiendo la fiesta el César augustus,
omnipotente, señor del mundo, Dios en la
tierra, rodeado por su cortejo de favoritos
y custodiado por su escolta de pretorianos.
Y toda aquella concurrencia excitada hasta
el frenesí por el espectáculo más honda-
mente dramático que ojos humanos contem-
plaron.

Entre aquel circo y este circo media toda
la distancia que va de Nerón á Silvela. Be-
llo es un Miura saliendo del toril, fúgoso y
arrogante, pero aun debió ser más bello un
tigre hircano, saltando en la arena enfure-
cido y sediento de sangre. Hermoso es el
gesto del matador cuando se adelanta esto-
que en mano hacia la res, pero aun debió
ser más hermoso el gesto de los gladiato-
res precipitándose unos sobre otros para
luchar hasta la muerte. Honda emoción
produce ver al diestro suspendido entre las
astas del fiero bruto, pero aun debió pro-
ducir más honda el contemplar á una do-
cena de fieras cebándose en las carnes pal-
pitantes de un grupo de cristianos. Dulce
es mirar cómo el caballo destripado arras-
tra por el suelo el mondongo, pero aun de-
bió ser más dulce el advertir de qué suerte
un león de la Libia lamía su ensangrentado
belfo entre los despojos de sus víctimas.
Grato es apostrofiar al Lirí ó al Manche-
guito llamándole tumbones, maletas, mo-
rales y otras aun más crulas lindas, pe-
ro aun debió ser más grato el disponer de
la vida del atleta vencido con solo mover
un dedo. Gustoso es silbar al conejal de
tanda y decirle que no lo entiende, pero
aun debió ser infinitamente más gustoso el
poner verde al César y soltar las verdades
del barquero á Calígula ó á Domiciano.

¿Pues y el *Spoliarium*? No eran allí arras-
trados por las cascabeleras mulillas los ca-
dáveres de pencos desventurados, cansados
de vivir, ni los de rosas degolladas, desper-
dicios de matadero. La sangre humana
corría allí á raudales. Cuerpos humanos
desgarrados, mutilados, miembros sueltos,
arrancados de raíz, se acumulaban allí en
fúnebre y siniestro montón. Allí se escucha-
ba el aullido del dolor, la risa estridente
de la locura, el estertor de la agonía. Allí
el gladiador herido espiraba con frenéticas
contorsiones. Allí los parientes buscaban
entre el montón de carne palpitante los
restos perdidos del mártir. Allí se conden-
saban todas las atrocidades, todos los infor-
tunios, todos los horrores como en minia-
tura de infierno. Aquel pueblo supo ser, como
ningún otro, grande en su barbarie y bár-
baro en su grandeza.

Todo lo reunía tan honesto pasatiempo.
La plebe, despojada de su poder, conserva-
ba el derecho de vida, ejerciéndolo por su-
fragio, sobre los vencidos del circo. Jamás

el respeto a la autoridad ha tenido expresión tan solemne como el *jave César!* del gladiador moribundo. Nunca fue tan ejemplar la pena, convertida en diversión del pueblo, que gozaba dichas inefables viendo despedazados los cuerpos de los enemigos del orden social por las garras de tigres y leones. Más aún que los de la taleguilla debieron ser los atléticos gladiadores verdaderos de la belleza varonil. A admirarlos iban las damas prendidas aun con mayor lujo que las nuestras y sin sombreros. ¡Espectáculo nacional, tradicional, viril, grandioso, emocionante! Bien merece ser calificado de patriótico y regenerador y hasta de filantrópico, como llama el insigne Valera al de nuestras corridas de toros. Así no es maravilla que aquella plebe sin libertad, sin derechos, sin dignidad, decaída de su antigua grandeza y de las virtudes de sus mayores, cifrara toda su dicha en el *panem et circenses*, como la nuestra en pan y toros.

Lástima que aquel insigne taurófilo que se llamó Fernando VII no tuviese la idea de restablecer en su templo la vieja fiesta romana, ilustrando así con un nuevo timbre su gloriosísimo reinado. Hubiéramos hecho, sin duda, de ocurrirnosle, por ser el tal espectáculo muy conforme con sus aficiones. Por dicha aquí estamos a tiempo. Si hemos de retrogradar, ¿por qué plantarnos en la Edad media? ¿Hay que tomar de cada edad lo mejor y más pintoresco. Seguro estoy de que, pensando en aquello, se les hace la boca agua a los de la afición. ¡Allí había hule todos los días!

ALFREDO CALDERÓN

¿Que al prior de Jódar le ha dado el Obispo de Jaén con la badila en los nudillos por si tiene ó no en su casa un ama más ó menos bien puesta? Pues protesto, si no de la injusticia, de la desigualdad de criterio del obispo.

Porque en Jódar también hay un señor Arroquia, canónigo de oficio, que tiene en su casa otra ama con catorce arrobas más que la de don Antonio Cerdán, y nada le dice.

Y hay también un coadjutor llamado Miguel Casas, de unas ocho arrobas de peso en bruto, que visita en la calle de Hornos a una fligresca viuda y con ojos azules, y no le prohíbe el visitarla, aun cuando la población murmura. Será tal vez sin razón, pero murmura.

Así, ó se tira de la cuerda para todos ó para ninguno.

Cosas Literarias y Artísticas

NOGALES

Desde que á este señor le dieron el primer premio en el concurso de cuentos de *El Liberal*, he leído con cuidado y sin prejuicio de ningún género, todo cuanto á mis manos ha venido con la firma del autor de *Las tres cosas del tío Juan*.

Los artículos, crónicas y cuentos que, después de su triunfo, ha hecho que le publiquen en *El Liberal*, el *Heraldo*, *Nuevo Mundo* y *Madrid Cómico*, han sido para mí otras tantas decepciones; lejos de encontrar en el afortunado campeón del concurso un escritor castizo, de nervio y de ideas, no veo en él otra cosa que una medianía, una vulgaridad de las peores, con la agravante de su fatuidad y sus pretensiones imposibles.

No; no es Nogales un espíritu lúcido y sereno; no es un hombre de mérito que ha logrado salir del fondo común donde injustamente se hallaba ignorado y desconocido, para venir á flotar en la superficie sobre el nivel general. El premio aquel, sin ser muy espléndido que digamos, le ha producido una borrachera de notoriedad, le ha trastornado hasta el extremo de que en todo cuanto escribe se advierte la dislocación, la incongruencia, la falta de paridad y de armonía que debe existir entre el medio y el fin. Revélase en el fondo de todos sus trabajos literarios un espíritu tosco y vulgar que pretende en vano pasar por delicado y superior; un escritor premioso, incorrecto y adocenado que se esfuerza inútilmente por parecer fácil, con dominio sobre el lenguaje y original en la forma de expresión. Alguien le ha dicho por ahí, sin duda con mala intención y faltando á la verdad, que es castizo, y él, creyéndose de buena fe, y por conservar la fama, rebusca entre los arcaísmos del Diccionario palabras en desuso y extravagantes como *deseñajaringaba* y otras por el estilo con que exorna con lamentable profusión sus escritos, figurándose que son muy clásicas y castizas. Fustiga á los modernos decadentistas, coloristas y estilistas que forman la falange de la repugnante bohemia literaria actual, y cae en los propios defectos de aquellos, rebuscando las palabras y retorciendo el concepto de un modo que causa horror, porque se trasluce en esos párrafos dislocados é incoherentes, en que la idea está supeditada á la frase, el esfuerzo supremo, el onanismo cerebral á que se entrega para que el período de relumbro, de puro efectismo retórico y cursi, campe sobre la idea y el pensamiento que pierden con ello su mayor encanto: la sencillez en la forma y la claridad en la exposición.

Ha oído hablar de tesis, y se la forma *a priori* en todos sus artículos, cuentos y crónicas; pero como la intención no está en armonía con las fuerzas, ni el deseo con los medios de realizarlo, la desarrolla mal, la expone peor y al fin no hay tesis ni nada. Ignora que el verdadero literato, el escritor de ideas, de talento, de enjundia produce fácilmente, naturalmente, sin necesidad de entregarse á esas manutubaciones intelectuales, y que la idea, el pensamiento, la tesis, en una palabra, la debe encontrar el lector *a posteriori* surgiendo clara y concreta del escrito, cuando éste es producto natural de la clarividencia, del talento, de la paridad y la armonía entre el deseo y los medios de realizarlo, del acierto con que se escoge el ca-

mino y la seguridad con que se marcha por él para llegar al punto que se pretende. Forjarse de antemano una idea abstracta y no tener luego habilidad para desarrollarla y expresarla, marchando por un dedalo de confusiones, es lo más lamentable que puede ocurrirle á un escritor.

Inútil empeño es el de Nogales. Su obsesión de notoriedad, su afán de escribir, su deseo vehemente de ser un literato notable y de sobresalir del montón común, se estreñarán siempre contra la irremediable escasez de sus medios naturales. Lo que le falta ni se aprende ni se adquiere, y él mismo tiene la prueba de ello.

La suerte ó la casualidad, le ha puesto en condiciones ventajosas, le ha facilitado el camino, allanándole esas dificultades externas en que suelen estrellarse muchos á quienes faltan elementos materiales para salvarlas; pero con todo eso, su carencia de facultades internas le tiene, no sólo parado al principio del camino que él creyó que iba á recorrer fácilmente pisando flores y recogiendo laureos, sino demostrando constante y diariamente que cuantos más esfuerzos hace por caminar hacia adelante, cuanto mayores son sus deseos de llegar al fin, más prueba su incapacidad y su impotencia.

Mírelo con serenidad, sin apasionamiento, despojándose un poco de esa infatuación, disculpable en cierto modo en quien, como él, ha recibido tan exagerados cuanto perjudiciales elogios, pero sin disculpa en quien se tenga por un hombre de talento y un espíritu superior, y verá que cada artículo nuevo que ha escrito desde el premiado hasta el último, es una decepción.

El cuento *Las tres cosas del tío Juan*, no por su valor literario, que lo tiene muy escaso y al alcance de todas las fortunas, sino por su simbolismo que se adaptaba en aquella actualidad á determinadas aspiraciones, falsas en cierto modo, como lo suele ser siempre toda creencia colectiva, porque nada hay más abierto al error que el espíritu popular, ni más fácil de suggestionar que las multitudes, pudo hacer creer á algunos que Nogales tenía algo dentro de la cabeza; pero luego, muy pronto, él mismo se ha encargado de demostrar que no tiene nada, que es un cerebro de una vacuidad absoluta, que ni es literato, ni pensador, ni original; que sólo es un escritor mediocre, como por ahí existen á millares sin más pretensión que la de satisfacer modestamente sus aficiones y á quienes jamás se les ha ocurrido poner cátedra casi diaria de pedantería irresistible.

No habría derecho á decirle nada de esto, ni á censurarle, si él, teniendo un poco en cuenta el precepto filosófico «conócete á ti mismo», hubiera sabido desde un principio guardar el prudente silencio y el necesario recogimiento que se imponen á los que no tienen condiciones para hacer ruido y exhibirse.

Pero esa fatuidad inconcebible, esa embriaguez incurable producidas por quinientas pesetas y cuatro bombos exagerados de guardarropa, dan derecho á hacer estas críticas y á decir con franqueza que es ya insufrible el chaparrón de bellotas literarias que cae sobre el paciente público cada vez que al señor Nogales se le ocurre moverse.

José CINTORA

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores á *EL MOTIN* á 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

Un sacerdote de Alcaira ha establecido una industria por demás sencilla y que le sale muy barata. Reparte polluelos pequeños, (hay quien dice que conejitos también) entre sus feligreses, no se vuelve á cuidar de ellos, y cuando están ya en disposición de comerse ó venderse, los recoge como un bendito, y se los engulle ó los vende.

Quisiera tener reunidos á todos los que hablan de la ignorancia del clero, para decirles: «¡Mentecatos! ¡Vosotros sí que sois brutos! A ninguno se os ha ocurrido criar pollos y conejos con menos gasto.»

Lo que no alambica un ministro del Señor para vivir del trabajo y el dinero ajenos, ni el mismo demonio.

SEAMOS JUSTOS

Empieza á escamarse *El Balaarte* de Sevilla, del Directorio de Unión Nacional. Adviértase que es el periódico que con más entusiasmo y constancia lo ha defendido. Ya dice:

«Está mediando el mes de Agosto y no hemos visto aún las señales que indiquen la acción; pero acaso están disimulando, y se está desenvolviendo tan bien la acción del Directorio, que no se ha visto aún ni esos trabajos de preparación indispensables para un tan arduo y tan interesante problema.»

«Nuestra benevolencia prodigada se trocará en acerbá censura si llega el plazo y el Directorio no ha dado señales de vida; pero aún no es tarde, ni hay motivos bastantes para desconfiar.»

«Hace tanto calor, y el calor debilita tanto!...»

«Hay además que reponer las fuerzas perdidas, para poder este invierno des-

empeñar las cátedras respectivas con celo, equidad y aseo.

Y, seamos justos. Los sagrados deberes de la enseñanza son superiores á los políticos y revolucionarios.

¿Nos enorgullecemos de ser dirigidos por hombres de ciencia? Pues debemos tomarlos como son. Metódicos, pacíficos, enemigos de toda violencia...

Lo demás sería un contrasentido.

El que manda, manda

«Hace tres ó cuatro días, dice *El Auto-* nomista de Gerona, corrían hambrientos y desarraigados por las calles de esta ciudad varios alumnos (!) del convento de hermanos salesianos, cercano al Puente Mayor.

Algunos transeúntes los recogieron, dándoles confortables alimentos á fin de evitar los accidentes del hambre.

Convendría que las autoridades averiguaran el motivo de la fuga y la certitud del régimen medioeval que, según dicen, se observa en el expresado convento.

Sabido es que á aquellas criaturas las admiten gratis haciéndoles trabajar la tierra como robustos obreros del campo; pero lo que no sabíamos, y conviene averiguar, es que las faltas propias de mozalbetes las hicieran purgar con excesos de trabajo y ayunos diarios. ¿Dónde están las leyes humanas? Señor gobernador: obre usted como ciudadano.»

«A la otra puerta»—dirá el gobernador.—Yo no puedo meterme con esa gente. Me relevaría al instante el gobierno. Cállese, pues, ese periódico, ó lo denuncie, por atacar la santa religión de de nuestros mayores. Ellos mandan hoy en los que mandan, y el que manda, manda.»

Y no le faltará hasta cierto punto razón á ese gobernador.

Nada hay que cueste tan caro como la gloria. El hombre popular, desde que es aclamado por las multitudes, tiene que sacrificarlo todo á sus contemporáneos. Que piense un instante en sí mismo, y ese instante se le echará siempre en cara como una injuria.

Los pueblos son crueles con el que se consagra á libertarlos: con aquel que les dedica juventud, fortuna, hogar, es decir, la vida entera, es precisamente con quien se muestran implacables; acosados de calumnias y de odios los persiguen hasta la tumba; sólo cuando los ven caer en ella es cuando se dan cuenta de lo grande que era la vida que amargaron. Entonces el mal es ya irreparable y los pueblos recompensan á su víctima con la solemne manifestación de un remordimiento tardío.

Y he ahí á lo que queda reducida la gloria.

Cuentos políticos

JOJALAI

—¿Crees que el problema se resolvería á estacazos?

—Quizá no.

—Primeramente es necesario plantear el problema. ¿De qué te quejas?

—Me quejo de la desigualdad.

—Te advierto que las desigualdades sociales, como las de la superficie terrestre, sólo se ven de cerca.

—Pues yo las veo.

—¿Y qué?

—Que hay quien tiene dinero y quien se muere de hambre.

—Tú eres de los últimos.

—De los últimos.

—Y ¿qué quieres?

—Pues, quiero ser de los primeros.

—Te advierto que hay ricos enfermos, ricos sin hijos, ricos engañados por sus esposas, etc. ¿De qué clase quieres ser?

—Lo mismo que soy ahora, pero con dinero.

—Entonces serías el hombre más feliz de la tierra.

—Mejor.

—O no. ¿Qué efecto te producen los ricos?

—Figúrate. Hay ocasiones en que, á serme posible, ocuparía la Puerta del Sol con un montón de cabezas de poderosos.

—Y entre ellos habría algunos desgraciados.

—Puede ser.

—Pues imagínate, si tú fueses lo feliz que deseas, el carino que te tendrían los que hoy son tus compañeros. Seguramente sería tu cabeza la primera que formase el montón.

—Y harían bien.

—¿Por qué?

—Porque todo rico es una canalla.

—¿Aunque tú fueses rico?

—Aunque yo fuese rico.

—¿Y quieres ser canalla?

—Sí, porque esos son los que viven bien.

—¿Tú crees que vive bien el que es odiado?

—Bastante le importan los odios ajenos á quien tiene muchas monedas de cinco duros.

—Pues haz tú lo mismo.

—¿El qué?

—No te preocupes de los demás, supuesto que tú tienes salud, familia é inteligencia.

—Es que con lo que yo tengo no me

puedo defender de las agresiones de los ricos y éstos se libran de mis agresiones mediante su dinero.

—¿Es que la justicia se compra con dinero?

—En el mundo todo se compra.

—Menos la vida.

—La salud también se logra con dinero.

—Pero la muerte hay que aceptarla de balde.

—Los ricos van al cementerio en coche.

—Pero van.

—Y los entierran con lujo.

—Pero los entierran.

—Eso sí.

—Pues cuando algún rico te insulte ó te desprecie, veto al cementerio é insulta á todos los difuntos que murieron ricos.

—Yo no hago eso porque tengo respeto á los muertos.

—¿Y á los vivos no?

—A esos, nunca.

—Pues, oye: si los humanos os traéis de esa manera, aquí no hay más consuelo que morirse.

—¿Suicidándose?

—No. Tú podrías matar á un rico y después te ahorcarían á ti. De esta manera se iría acabando la humanidad.

—Pero al final quedaría un hombre.

—Ese no tendría á quien juzgar y se juzgaría á sí mismo.

—¿Y qué?

—No sé. Se desharía el planeta, porque eso no ha ocurrido desde que el mundo es mundo.

SILVERIO LANZA

Demanda curiosa

Pues señor, este era un cura, que fué demandado por una señora. En la petición al juez decía ella:

«Señor juez municipal de León.

Josefa Mencía, soltera, mayor de edad, domiciliada en León, pordiosera, solicita celebrar juicio verbal con don Carlos Rodríguez, presbítero capellán del hospital de esta ciudad, sobre devolución de 75 pesetas que entregó al demandado cuando ingresó como enferma en el hospital, según documento, con costas.

León 19 Junio 1900.

Señalado el día 21 para celebrarse el juicio, armó el demandado un escándalo fenomenal al algarucil que le llevó á firmar la citación, asegurando después que no daría las pesetas, porque las había aplicado á misas, é intentando presentar como testigo á una monja del hospital.

Para que se vea que lo de las misas era una disculpa de mal pagador, á continuación copio el recibo que le había dado el cura á la señora:

«Recibí de Josefa Mencía Vallejo la cantidad de setenta y cinco pesetas para que se la guarde y devuelva cuando la haya menester.—Carlos Rodríguez.

León 9 de Febrero de 1900.»

El juez, aunque carca recalcitrante, vió fea la cosa para él de los mancebos, y arregló amigablemente el asunto, pagando, creo, las costas de su bolsillo, por no haber comparecido el deudor al juicio.

Moraleja:

No debe prestarse dinero á un cura ni á un fraile, para no exponerlos á caer en la tentación de interesarse demasiado por las almas del Purgatorio.

El ambicioso no necesita hacer provisión de conocimiento y de estudios. El bagaje del que persigue á la fortuna debe ser ligero.

La falta de los hombres superiores consiste en gastar los mejores años de su vida en hacerse dignos de su favor. Mientras ellos estudian, los intrigantes, ricos de palabras y pobres de ideas, van y vienen, sorprenden á los tontos, y logran la confianza de los semitontos. Mientras los unos estudian, los otros marchan; los unos son modestos, los otros atrevidos; el hombre de genio tiene su orgullo para sí, mientras el intrigante enarbola el suyo por bandera, y debe triunfar necesariamente.

Tienen tal necesidad los hombres de gobierno de crer en el mérito reconocido, en el talento proclamado por todos, que es una verdadera niñada del dabo que espera humanas recompensas.

No es esto ciertamente parafrasear los lugares comunes de la virtud, el cántico de los cánticos incesantemente entonado por los genios desconocidos; es traducir en buena lógica la razón de los frecuentes triunfos obtenidos por los hombres vulgares.

ESPEREMOS AÚN

Un querido amigo de Irún, don Francisco Romero, me escribe:

«Veo lo que le ha sucedido con los sellos, pero créame usted que lo esperaba.

Hoy no hay hombres que sientan entusiasmos por nada, ni que luchen por el ideal. Para lo único que demuestran pulmones y corazón es para discutir si la estocada que dió Mazzantini fué mejor que la de Fuentes. Hoy todos preguntan al tratar de cualquier asunto. «¿Y cuánto voy ganando?» Lo mismo republicanos, que monárquicos, que carlistas. Este pueblo es hoy, casi en su totalidad, un asqueroso conjunto de estetas é imbéciles.

Muchos que han sido republicanos, y dicen todavía que lo son, en cuanto oyen una campana salen corriendo hacia la iglesia para que los vean formando el coro de la imbecilidad humana. Quiéren que los vean en el templo y hasta en la sacristía, porque eso vale mucho, y se callan como

cabritos al oír que el predicador los insulta por liberales, republicanos ó masones.

Al salir de allí, se burlan de lo que han visto, han oído ó han hecho; pero vuelven, porque hay que prevenirse, por si acaso. ¿Quién sabe si al fin triunfará del todo la reacción?

Combatir á ésta propagando valientemente nuestras ideas, ilustrando á la opinión, inculcando á su esposa y sus hijos la verdad, ¡oh! eso nunca. ¿Qué dirían los vecinos si lo supieran? Se les ponen los pelos de punta sólo al pensarlo.

¿Y quiere usted hacer con estos hombres nada bueno ni práctico? ¿Pretende usted que venga la República con su esfuerzo? ¿No está usted ya cansado de echar margaritas á puerocos?

No, no estoy cansado todavía. Conservo alguna esperanza de que, después de derribar del todo á ciertos hombres, prescindir interinamente de ciertas ideas, y archivar algunas ridiculeces, el partido republicano se rehaga.

Si llevo á perderla, lo diré sin rodeos ni miramientos, y me dedicaré exclusivamente á la propaganda anticlerical, como dije en el número anterior.

No desesperemos aún; confiemos en nosotros mismos, y quizá nos salvemos.

Si hemos podido pasar 26 años devorando vergüenzas, ¿qué importa permanecer lo mismo algún tiempo más, medio año á lo sumo? No creo que podamos resistir ese medio año; pero, en fin, fjémoslo como plazo.

Lo que dije con motivo de los banquetes de Febrero último, vuelvo á repetirlo. El día 11 de Febrero próximo, 6 en la cárcel, 6 en el destierro, 6 muertos, 6 disueltos, 6 en el poder. ¿No ocurre nada de esto, y continuamos como hasta aquí? Pues «¡En la letrina!»

Si todos ponemos lo que esté en nuestra mano para que esto último no llegue á decirse con razón, no llegará á decirse.

Si es cierto, como me aseguran, que el obispo de Barbastro recomienda á las autoridades civiles que destituyan á los maestros de primera enseñanza de su diócesis que se distinguen por sus ideas liberales, habrá que reconocer con cuánta razón decía Víctor Hugo: «En cada pueblo hay una luz que alumbra: el maestro de escuela. Y un fuelle que la apaga: el cura.»

Pero después de esto, hay que darle la razón á ese obispo. Para ser fraile, clérigo, Luis, ó esteta, que es á lo que hoy se dedican los españoles en su mayoría, maldita la falta que hacen maestros ni luces.

LA IGLESIA Y EL TEATRO

ESCADALOS EN LOS TEMPLOS

Según el P. fray Diego de Cádiz, hace muy pocos años canonizado, los cómicos estaban excomulgados y eran indignos de sepultura eclesiástica, por determinación de los Sagrados Cánones. ¿Qué delitos tan graves habían cometido los pobres cómicos para merecer tan cruel castigo? Sería acaso porque el teatro y los cómicos habían venido á moralizar un espectáculo que la Iglesia y el clero realizaban con el mayor escándalo?

¿Cuando en los modestos corrales en que se ejecutaron las famosas *Elogios* de Juan de la Encina, ó los celebrados *Pasos* de Lope de Rueda, ó las hermosas comedias de Torres Naharro, Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina, Rojas y Moreto, Alarcón y Montalbán, se vieron las indignas farsas que el clero representaba en los templos?

Y para que no se nos crea bajo nuestra palabra, vamos á demostrarlo con la autoridad de eminentes historiadores.

Empecemos por la *Misa del asno*. Esta fiesta se celebraba en memoria de la huida de la virgen á Egipto el día de Navidad. Un asno con capa pluvial y bonete cuadrado, era conducido por varios clérigos á la iglesia, en la cual, y en honor del cuadrúpedo, se entonaba un gran himno. Cantábase después con gran pompa y aparato la misa mayor, y se acostumbraba al bruto á que se arrodillase en los momentos oportunos. Al fin de la misa, en lugar de decir *Ite missa est*, el sacerdote rebuznaba tres veces, á lo que los concurrentes contestaban con otros tres rebuznos. Después recitábanse las alabanzas del asno y se repetía el himno.

FIESTA DE LOS LOCOS

Créese que traía su origen de los paganos. Lo cierto es que la Iglesia la celebraba al principio del año.

Una multitud de jóvenes vestidos de sacerdotes, de mujeres y de animales con adornos de dementes, se reunían en el templo, donde elegían el obispo de los locos; y después de llevarle procesionalmente por la ciudad le volvían á la iglesia entonando una misa grotesca en medio de danzas y canciones licenciosas.

El capellán mayor exclamaba: «¡Monseñor el obispo es de viente canastas de dolor de muelas y una cola de animal muerto.»

Los altares estaban cargados de viandas; se comía, se bebía, se jugaba á los dados, y en vez de incienso se quemaban zapatos viejos, y luego salían por las calles dando alfileros tocando cencerros y entregándose á los actos más lascivos.

No faltaron doctores que intentaron probar que semejantes solemnidades eran tan gratas á Dios—¡espántense nuestros lectores!—como la inmaculada concepción de María.

LA FIESTA DEL OBISPILLO

En el año 1451 don Juan de Margarit, vicario general del obispado de Gerona, expidió un mandato para regularizar ciertas farsas que se representaban en aquella catedral por las fiestas de Navidad.

Era una de las más notables que el día de San Nicolás de Bari elegían á un niño de los del coro, el cual, con el nombre de *obispillo*, remedaba las funciones episcopales durante toda la octava de los Inocentes. Vestido de pontifical hacía como que administraba la confirmación á los que se le presentaban; concurría luego con el cábido á la procesión en que el clero de la catedral se trasladaba á la colegiata de San Félix, donde también otro monaguillo estaba representando el papel de abad para recibirle, y, vuelto á la catedral, le hacían bailar los demás clérigos, y pugnando los equívocos por acercarsele para verle, recibían su burlesca bendición, ó ser confirmados, se movía estrepitosa algazara y se causaban grandes escándalos.

El señor Balaguer confiesa que á pesar de las profanaciones á que daban lugar estas farsas, no se atrevieron el obispo y su vicario á desarraigárlas del todo.

Los canónigos de la catedral de Gerona representaban, por turno, varios juguetes dramáticos que se titulaban *El Centurión*, *La Magdalena*, *Santo Tomás* y *Las Tres Marías*.

Dícese, y lo consignamos en prueba de imparcialidad, que el Concilio de Toledo había prohibido estas fiestas desde el año 633; pero que esta prohibición, cesa de existir, no se cumplía, lo prueban los decretos del Concilio de Aranda de 1473; el de Toledo de 1565, y el de la iglesia gerundense de 1534.

Y, ¡casi digno de tenerse en cuenta!, los canónigos de la catedral de Gerona, que representaban los juguetes dramáticos que dejamos citados, resultaban excomulgados por los sagrados cánones, á creer á Fray Diego de Cádiz; mientras que el famoso comediante Lope de Rueda, quien según el dicho padre aparecía indigno de sepultura eclesiástica por el hecho de ser cómico, era enterrado por el cabildo de Córdoba, en cuya ciudad murió, en la nave principal de la catedral, entre los dos coros.

Es indudable que la Iglesia lo ha querido regularizar todo imponiendo su capricho á la sociedad civil y tratando de sujetarla á su tiránica voluntad.

El clero, dice un distinguido literato, quiso dirigir el teatro, imponiendo las *farsas* devotas. En los *Ganacioneros* españoles, primeros archivos de nuestra poesía, aparecen *Los siete gozos de la Virgen*, del marqués de Santillana; *Los siete gozos del Amor*, de Rodríguez Padrón; *Los Mandamientos del Amor*, *Los gozos del Amor* y *La misa del Amor*.

No existía, propiamente dicho, el teatro, y ya la Iglesia quería amoldarlo á su voluntad; de aquí sus excomuniones á cuantos poetas y representantes (cómicos) se revelaron contra semejante absolutismo.

Cuando la Iglesia se convenció de que le era imposible prohibir las comedias porque reyes y grandes las amparaban y el pueblo entero las aplaudía, procuró, al menos, censurarlas, cayendo con sus censuras en el más espantoso ridículo... ¡y cómo no, si un fraile victorioso, tan sólo porque leyó en una comedia que uno de los personajes decía *aboresco la victoria*, tomó por una alusión á su orden y la prohibió!

Ahora bien, que la excomunicación á los cómicos, caso de existir, no tuvo cumplimiento, demuéstralo que los teatros de Madrid pertenecían á las Cofradías de la Pasión y la Soledad produciendo muchos rendimientos; que Felipe IV fué el amante de la comedianta María Calderón, de la que tuvo el segundo don Juan de Austria; que los *Autos Sacramentales*, verdaderos dramas religiosos, eran representados por comediantes; que Lope de Vega, Calderón, Tirso y Moreto, autores de las mejores comedias, eran sacerdotes; y que la Cofradía de Nuestra Señora de la Novena, que aun hoy se conserva en la iglesia de San Sebastián de Madrid, la fundaron cinco cómicos: Avendaño, Hurtado, Vallejo, Cabredo y Vega.

No se crea por esto que el clero transigía con el teatro ni los cómicos. Muchosólogos acudieron á Felipe II contra el mismo, y gracias á que las Universidades de Salamanca y de Coimbra le defendieron y aprobaron, no se proscribió.

Llegó á tal punto la intrusión del clero, que los aguadores y fruterios que acudían con sus mercancías á los corrales (teatros), tenían que someterse á un previo examen del catecismo ante el cura párroco, según don Juan de Zabaleta, cronista de Felipe IV.

Merced al influjo que el clero ejerció por medio del padre Nithart, el favorito de la regente Mariana de Austria, el teatro apenas si tuvo vida en el reinado del triste Carlos II el Hechizado, tanto que á duras penas pudieron reunirse tres compañías para celebrar sus bodas.

No queremos creer, á fin de que no se nos tache de maliciosos, que los escándalos que á fines del pasado siglo producía en los teatros de Madrid el padre Polaco, de quien tomó su nombre el bando que él dirigía contra el que capitaneaba el herrero Tusca, jefe del llamado de los *chorizos*, fuesen obra del clero para matar el teatro.

De cualquier modo es digno de llamar la atención que sus superiores gerárquicos no le impusieran algún correctivo, dando motivo á sospechar que la Iglesia procuraba desconcentrar el teatro en el ánimo de las gentes, como si no quisiera perdonarle... ¡ella, todo caridad!... el gran pecado de haber matado las *farsas religiosas* con las sublimes concepciones del teatro, del teatro que, como dice un distinguido escritor, reúne en sí las seducciones de todas las demás artes.

E. RODRÍGUEZ SOLÍS

En carta recibida de Santa Eulalia (Oviedo) leemos lo siguiente:

«He visto abrir la balija á un cura. De ella sacó las cartas y varios periódicos, entre ellos *El Liberal*, y al tenerle entre sus dedos exclamó: «*Este debía estar excomulgado.*»

Así le agradecen los curas al colega el servicio indirecto que les presta empujándolo ante sus fechorías.

Convénzase ese, como todos los periódicos liberales: hay que acabar con el predominio clerical, ó resignarse á ser dominados por él.

O carne ó diente. A elegir.

Usurpación escandalosa

Se ha presentado en la Dirección general de Propiedades y Derechos del Estado la denuncia de que don Sebastián Torre Plaza, cura párroco de la iglesia de San Salvador (Cuencas), burlando la ley y el derecho, ha hecho suyas y como de legítima propiedad, treinta acciones del Banco de España, diez con el carácter de inalienables y veinte libres, según consta en los libros del Banco; añadiendo que dichas acciones fueron legadas en 24 de Enero de 1798 por el presbítero don Juan Manuel Espoz y Vergara, á la fábrica parroquial de la iglesia de San Vicente Mártir de la ya dicha ciudad, para que, juntándose sus bienes y sus rentas, se empleasen en lo que mas conviniera, especialmente en hacer la torre y el coro y comprar un órgano.

Al poco tiempo de otorgarse esta disposición se hundió la iglesia en absoluto, sin

haberse hecho nada de lo encargado por el testador; no se intentó reconstruirla, y más tarde fué la parroquia suprimida; por lo que, y dado el tiempo transcurrido, pueden considerarse como mostrencos los bienes del legado.

«Los hechos expuestos y comprobados, dice al final de su escrito el denunciante, demuestran de una manera evidente que pertenecen al Estado las referidas 30 acciones, como también los intereses de las mismas cobrados por el cura Torre Plaza, á quienes deben exigírsele, en vista de la liquidación que practique el Banco de lo que lleva realizado por este concepto; y como previo trámite debe ordenarse al gobernador de aquel, suspenda el pago de dividendos hasta la resolución del expediente.»

Si, á pesar de ser cura el acusado, la casualidad hiciera que en este asunto se obrase en justicia, tendré el gusto de comunicarlo á mis lectores.

Son tantas las noticias que tenemos de operaciones financieras practicadas por el mismo procedimiento en cabildos y parroquias, que habría seguramente para construir una pod-rosa escuadra si el gobierno hiciese vomitar lo que indebidamente se han comido ciertos señores clérigos.

Nos reservamos explotar ese filón el día en que la tortilla se vuelva. Que si se volverá, aun cuando los republicanos continuemos haciendo lo posible por impedirlo.

Al practicante de Torrelluala administró una monumental paliza el cura.

Expuesto fué siempre acercarse al más humilde ministro del Señor, por muchas y poderosas razones; pero si además el ministro vistió arcos de batallar en la pasada guerra, como ese de autos, no hay que lamentarse de que cuatro ó seis costillas sufran detrimento, ó la cabeza quede partida por gala en dos.

El que ama el peligro en él perece.

OTRO MENOS

La Democracia, semanario republicano de Logroño, ha dejado de publicarse. En la hoja en que se despidió traslúcense amarguras y desengaños de primera calidad.

A su fundador, don F. Zuazo, se le escapan frases como esta:

«Comprendemos (ya lo sabíamos) que no es medio de medrar y vivir tranquilos el hacer la causa de las ideas, sino de los hombres que forjan el rayo y manejan los fuegos.»

Y al despedirse del director, don Narciso Soto, le dice:

«Ha cumplido usted lo que convinimos al fundar *La Democracia* y lo ha cumplido con tanto entusiasmo y actividad que sólo satisfacciones puede usted tener en su ánimo, ya que tantos pesares tengamos usted y yo.

Pesares y luto que no pueden salir á la superficie, querido amigo; pesares y tristezas que se recojen siempre que se lucha por la virtualidad de las ideas; pesares y tristezas que debemos ahogar en silencio, si no nos obligan á lo contrario nuestros amigos.

Hasta luego, tal vez, amigo mío; porque, acaso, sólo temporalmente muera *La Democracia*.

Si volviese, ¡ah! entonces, entonces empezarán para nosotros los sufrimientos y los dolores más acerbos.»

El señor Soto á su vez, dirigiéndose al partido, dice entre otras cosas:

«Cuando aceptamos el compromiso de dirigir y sostener el periódico republicano *La Democracia*, uniendo nuestros esfuerzos á los de nuestro querido amigo señor Zuazo, que concibió la idea de fundarlo, ya descontamos de hecho los sinsabores y disgustos, decepciones y horrores que hablamos de presenciar.

Por eso nos importó muy poco que en sus principios y después recibiera esta publicación poco ó ningún favor de aquellos que habían de tener en sus columnas la escalera de su acceso á los puestos que en tantos sitios y por tanto tiempo ambicionaron.»

«Nadie nos ha dado suscripciones ni lo hemos pretendido.

Nadie ha hecho en favor de *La Democracia* ni el más pequeño esfuerzo.

Fué procesada y defendida por uno que se llamaba colaborador y concejal republicano, y ¿qué sucedió? No queramos tratar esto: bástenos decir que estuvimos solos en el banquillo de los acusados y que ni un solo correligionario, (no; hubo dos ó tres) tuvo el gusto ni el pesar de acompañarnos.»

«Cuando creíamos que nuestra defensa estaba encomendada á un amigo y correligionario y colaborador y que se había ofrecido mil veces para todo, nos hemos hallado con que no había nada de lo dicho, y con que el proceso también cuesta á su propietario *trecientas seletas y cinco pesetas*, que si el juzgado encuentra de justicia, tendremos que abonar al letrado defensor.»

«Y no menciono otros muchos hechos, porque aceptando la línea de conducta de mi querido amigo y compañero señor Zuazo, ni remotamente quiero provocar una discusión que puede ser tremenda.»

Por todas partes lo mismo. Entre republicanos, y de algún tiempo á esta parte, el que más pone más pierde.

Se impone cada día más el honrado deber de acoger la mentira. De caer algunos, que caigan los que lo merecen.

Un fuerte apretón de manos á Zuazo y á Soto.

Y si un día se ven obligados á sacar á la superficie *sus pesares y su luto*, y relatar los *sinsabores, disgustos, decepciones y horrores* que han presenciado, y desenmascarar á ese abogado *correligionario* (¡qué antipática van haciendo á esta palabra algunos señores!) que *cobra* por defender á un periódico (creo que será el primer caso); en suma, si los provocan á una discusión, *que puede ser tremenda*, y no quieren para eso resucitar *La Democracia*, aquí está á sus órdenes EL MOTIN.

Y gracias anticipadas, por si me hacen el honor de utilizarlo para obra tan justa como necesaria.

Aun cuando se haya dicho que no se les debe arrancar las caretas á ciertos hombres que valen mucho menos que sus caretas, es indispensable hacerlo.

¡Basta de carnavales!

NUEVA EDICIÓN

CÉLEBRE CONFERENCIA DE

MR. LEON TAXIL
DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE PARÍS

Precio: 25 céntimos.—Para los suscriptores de EL MOTIN, 15.

Saludable enseñanza

La noche que se incendió la catedral de Salamanca, un trabajador, Ramón Centeno, por despreciar el peligro, sufrió un accidente, del que murió á los pocos días.

Todos los obreros de Salamanca acudieron á su entierro, pero ¡ni un solo sacerdote!

Y ¡lo que son las cosas! Yo creía que toda la gente de Iglesia, obispo inclusive, debieron haber ido, con sus capisayos más bonitos, á acompañar al cementerio el cadáver de aquel valiente obrero que murió porque no ardiera del todo el edificio que ellos usufructúan.

Escarmentien en cabeza de ese infeliz los obreros que vean arder catedrales é iglesias, y dejen que el fuego haga de las suyas, ya que Dios ha consentido que arda.

Porque es muy triste, no ya el morirse, sino el dejar á una desgraciada mujer y á unos niños en la miseria, por meterse á apagar fuegos de que deberían preocuparse otros.

Otros que no subieron á la torre á apagarlo, ni habrían echado mano á un cubo de agua aun cuando hubiera ardiendo el sagrario.

Cada uno á lo suyo, y el que tenga tienda que atienda.

Los jueces son muy desgraciados, por verse en la obligación de sospecharlo todo, de concebirlo todo. A fuerza de suponer malas intenciones y de comprenderlas todas para llegar al descubrimiento de verdades ocultas bajo los actos más contradictorios, es imposible que la práctica de su terrible sacerdocio no seque á la larga el manantial de las generosas emociones que á cada paso están obligados á poner en tela de juicio.

Si los sentidos del cirujano que va registrando los misterios del cuerpo concluyen por estragarse, ¿qué no sucederá á la conciencia del juez obligado á sondear y registrar incesantemente los repliegues del alma? Primeros mártires de su misión, los magistrados caminan siempre con el duelo de sus flusiones perdidas, y el crimen pesa sobre ellos tanto como sobre los criminales.

Un viejo sentado sobre un tribunal es sublime, pero un juez joven hace estremecer.

Injusticias

PABLO

«Catorce años tenía cuando entré de aprendiz en el taller, y en los dieciocho que llevaba nunca fui objeto de críticas ni habillitas. Estaba en la edad en que el hombre no siente cansancio, sino enardecimiento; en el período en que todo se ama y aborrece en su mayor grado.

Me casé á los veintidós años con María, modista muy guapa, muy limpia y muy buena. Vivíamos felices, y si alguna nube-cilla oscurecía nuestra felicidad, bien pronto María, poniéndome delante mis hijos, alegres y retozones, la ahuyentaba. En nuestro hogar se respiraba cariño y felicidad.

Un día el maestro del taller despidió á un oficial, y entró á sustituirle Gregorio, mozo vano, envidioso, repulsivo, y cuya bajeza de alma se adivinaba al primer golpe de vista.

Era un sábado. Esperamos á que el señor Antonio nos pagase, y después entramos en la taberna. Yo, que no bebo vino, á tomar una gaseosa. Gregorio pidió una botella, llenó los vasos y me ofreció uno.

—Gracias, le contesté.

—¿Por qué no bebes? ¡Tienes miedo!—dijo recalcando mucho la frase.

—No; me siento mal y no quiero vino—respondí yo secamente.

—¿Crees que tu señora te pegará si sabe que has entrado aquí?

Hice un esfuerzo por contenerme. Me puse en pie para retirarme, pero el otro, rápido como un tigre, y tambaleándose, cogió un vaso y poniéndose delante de mí, dijo:—Si no bebes, eres un cobarde.

No contesté, pero la ira me cegó y di tal bofetada á mi contrario, que cayó al suelo, se levantó, sacó una navaja, se dirigió á mí, agarré una banqueta, descargué un golpe, le di en la sien, y cayó para no levantarse más.»

Me contó esta historia un hombre, que encontré en las afueras. Su aspecto venerable infundía respeto. Su edad no era tan

ta como indicaban sus cabellos blancos y escasos y su cuerpo encorvado.

Al acercarse á mí y demandarme limosna, le indiqué la extrañeza que me causaba el verle pidiendo en sitio por donde tan poca gente pasaba, y de pregunta en respuesta acabó por hacerme el anterior relato, añadiendo:

«De aquella aciaga hora datan mis desventuras. Vengué mi afrenta, pero la sociedad, que desprecia al que vive afrentado, es implacable á la vez con el que cumple las leyes del honor que ella misma señala. Maté y era necesario que sufriese la pena de mi delito. Mas al ser yo preso, quedaron sin amparo los cuatro seres que eran mi vida.

¡Cuántas penas pasó durante mi proceso! Un año duró, año en el que ví á mi familia pocas veces, impidiéndome la reja estrecharla en mis brazos. ¡Qué diferencia! Seres dichosos antes, ahora eran sombras y espectros. Aun cuando no me lo decían, pasaban hambre que yo no les podía mitigar.

Llegó el día en que se me condenó. ¡Catorce años, que había de pasar lejos, muy lejos de los míos! ¡Pobre esposa! ¡Pobres hijos! Los vi cuando salí de la cárcel, lloré con ellos hasta que me obligaron á dejarles. ¡Qué iba á ser de aquellos infelices!

Llegué á Valencia por tránsitos de justicia é ingresé en el presidio de San Agustín. Escribía á mi familia siempre que me era posible. Mi pobre mujer me contestaba también cuando podía. Al poco tiempo me anunció la muerte de uno de nuestros hijos. Poco más tarde la de otro. ¡Cuánto no sufría aquella pobre mártir, que se alegraba de que murieran por no verlos padecer!

Las cartas comenzaron á faltarme... La miseria separa más que la muerte... Dejé de saber completamente de mi familia, y pasaron los años, convirtiéndome casi en un idiota.

Por fin llegó el día de recuperar mi libertad. Aquel fué el primer momento de alegría instintiva que tuve después de doce años. Pronto la amargó el recuerdo del pasado y la triste realidad del presente. ¿Dónde ir? ¡Vivirían aún los míos! Sin dinero apenas, volví á Madrid andando; pregunté y nada. En ninguna parte sabían de ellos.

Un día, esperando las sobras del rancho en un cuartel, oí leer á unos soldados la relación de una batalla. Entre los muertos figuraba Pablo Gutiérrez López. ¡Mi hijo! Uno menos. Después, un desdichado como yo, con quien hice amistad, me contó que él había visto morir á mi mujer en el Hospital. ¡Ninguno vivía ya! ¡Estaba solo en el mundo!

La sociedad que me condenó, mandó á mi hijo á defender sus intereses amenazados, después de haber dejado morir de hambre á su madre y sus hermanos. Y á esto se le llama justicia.

Por eso huyo de esa sociedad maldita que para castigar la muerte de un hombre, necesita hacer cuatro víctimas. Cuando alguna mano generosa me socorre, me oculto en cualquier rincón, y allí, solo, sin testigos, lloro mi falta y maldigo á los que no perdonan al que inconscientemente mata, mientras ellos mueven guerras donde mueren los hijos de esos mismos castigados. Y yo, que soy como un grano de arena en el desierto, tampoco perdono y espero pacientemente mi venganza.»

PLÁCIDO ARROYO

Amigos de Ainsa, partido de Boltaña:

Hagan por enterarse de si hay por esa región un cura que, por no gustarle sus feligresas, ó á ellas él, invita para las funciones de iglesia á las beatas: de los pueblos comarcanos. Y si á la vez inspira tal miedo á los monagos y chicos que los acompañan, que no quieren ir ni atados á la iglesia, coincidiendo esto con la decisión de algunos padres de dar parte al juzgado por no sé qué exigencias del cura.

Y si lográis averiguar su nombre, decídmelo, para procurar encarrilarlo por el sendero de la virtud, ya que he echado sobre mis débiles hombros carga tan pesada.

SORPRESA DE LAS ACTUALES REFORMAS

Por la Superioridad competente se ha notificado al Instituto de Avila lo siguiente:

«Baja Se hace de la partida correspondiente á don Víctor Ozcariz, porque no perteneciendo á la plantilla activa del personal del Instituto, debe figurar por separado, y determinaré la situación definitiva de dicho señor.» Y en su virtud no me han pagado mi sueldo del último mes de Julio.

Llevo por lo menos diez años cobrando mi haber de jubilación. Mi situación es definitiva porque tengo derechos adquiridos y el tiempo de la prescripción legal. En 8 de Agosto de 1888 quedé adscrito al expresado Instituto en calidad de jubilado ó sustituto, y tanto, que se me nombró sustituto de mi cátedra, y no hay razón ni motivos para que se me vuelva á clasificar, pues la ley no tiene efecto retroactivo. Me defiendo las Reales órdenes y la sanción de gobiernos anteriores. Por consiguiente me corresponde seguir perteneciendo al Instituto de Avila. De lo contrario no habría derecho alguno ni situación permanente, pues todo dependería de la voluntad de un ministro, y después de la voluntad de otro ministro, y así sucesivamente.

Las reformas han de ser conformes á la recta justicia. Cuando más tranquilo estaba como un anacoreta dedicado á mis estudios en la soledad de esta villa, me encuentro á

la edad de 69 años en este improvisado conflicto.

Ignoro si la expresada nota es ley para todos los catedráticos jubilados, pero si no lo fuese, podría sospechar alguna intriga de reaccionarios y jesuitas. Desde que mi hermana entró monja van cortando los vuelos á mi carrera literaria. Ya se sabe que soy republicano y librepensador, honor que prefiero á todas las riquezas de este mundo, aunque me origine frecuentes calamidades.

VICTOR OZCARIZ

Medina del Campo 14 Agosto 1900.

¿Qué quiere el amigo Ozcariz que le diga, si no puedo decirle nada mejor que lo que él me dice en estos párrafos de la carta en que me remite la protesta?

«Estamos en plena Inquisición. Los jesuitas ingleses ó alemanes darán la última estocada á esta nación paralítica. Mis correligionarios, como tienen el reuma del egoísmo y del miedo, no dan un paso. Una monarquía católica apoyada en los jesuitas no es más que un señorío feudal, bien pagado y nada más.

Ya ve usted que hoy de nada sirven méritos, estudios y una conducta moral ejemplarísima. Si yo fuese clerical respetarían mis derechos, mis torcidos y mis abusos, porque tendría carta abierta para toda clase de barbaridades.

La propaganda de su periódico es admirable y contundente, pero en España no leen, y si leen no entienden, y si entienden lo olvidan. La conciencia reside en el estómago y el alma en los Bancos de Giro. No hay situación segura ni derecho adquirido.»

Esta es efectivamente la situación de España; situación á la que hemos llegado, más que por los atrevimientos de la reacción, por la cobardía de los liberales.

Y siendo así, ¿qué remedio les queda á los vejados, á los perseguidos? Exhalar quejas inútiles, que no encuenan eco, ni aun entre los correligionarios que pudieran encontrarse mañana en igual caso.

Por esto se explicará el amigo Ozcariz que no pierda yo el tiempo en dirigir unas cuantas palabras gordas al ministro de Instrucción pública, de las cuales se reíría, prefiriendo decirles á los republicanos que con su apatía ó sus egoísmos han dado lugar á que las cosas se pongan como están: «¡lle ahí vuestra obra! ¡Avergonzáos! Si podéis.»

ECOS POLÍTICOS

Este pobre señor Mañé ya no sabe por dónde anda.

Ahora se ha puesto enfrente de todos los católicos.

Véase como empieza un artículo contra la Masonería, que es su obsesión:

«El abominable atentado de Monza, que es quizá uno de los accidentes de la unificación de Italia, da cierto interés de actualidad al recuerdo de sucesos que revelan la acción de las sociedades secretas en la formación del reino italiano, de que era jefe la reciente víctima. Nos guste ó nos disguste la unidad de Italia, no hay que cerrar los ojos á la realidad: es ante todo el cumplimiento de una ley histórica á la que se debe la formación de las grandes nacionalidades; ley necesaria, fatal, ineludible, y por lo tanto divina.»

¡Manes de Pío IX, levántaos!

Y vosotros, cardenales del sacro Colegio, periodistas católicos de todos los países, reaccionarios de toda especie, ¡extremeceros de pavor!

Don Juan Mañé califica la unidad de Italia de «necesaria, fatal, ineludible, y por lo tanto divina».

Que venga ahora la clerigalla á protestar contra la unidad de Italia. Uno de sus corifeos la califica nada menos que de divina.

No nos hubiéramos atrevido nosotros á decir otro tanto.

Pero como el señor Mañé se propone hacer reír sin duda, después de su himno á la unidad italiana, da el siguiente gallo:

«Pero como en el cumplimiento de esta ley han de intervenir los hombres, y el hombre no interviene en cosa alguna sin que haga sentir la influencia de sus pasiones, generalmente malas, de aquí que sea criticable la unidad de Italia. Para nosotros tiene dos grandes defectos: el primero es no haber respetado los derechos seculares de la Iglesia, y el segundo, haber destruido nacionalidades que si bien eran susceptibles de reformas, en ellas el pueblo, libre de afares, gozaba de un bienestar que ha perdido quizás para siempre.»

Pero venga usted acá, buen señor, ¿sabe usted lo que se dice?

«¿Cómo quería usted hacer la unidad de Italia sin destruir antes esas nacionalidades de *pa sucat ab oli*, como diría *El Diluvio*? Póngase usted de acuerdo consigo mismo y no diga dislates.

Por lo demás ¡bien pobre idea tiene usted de los hombres!

Sin duda ha estudiado á los suyos.

La Publicidad (de Barcelona)

Ahora que algún literato de renombre y varios alquilonos que manejan la pluma á gusto del clericalismo, para llevar á su boca el mendrugo que no pueden ganar como estetas, porque la concurrencia es mucha, se dedican á ensalzar la Inquisición y á sostener que fué piadosa y tolerante, pareceme oportuno ir reproduciendo algunos de los hechos que prueban, más aún que su horrible ferocidad, la poca vergüenza de los que hoy se atreven á defenderla.

La piadosa Inquisición

MARIA RODRIGUEZ

Las justicias eclesiásticas del arzobispado de Braga entregaron á las del obispado de Tuy esta prisionera, con su proceso por delitos de hechicería, á principios del año 1577. Era portuguesa, natural de Ponte de Lima; su edad no parecía apropiada para

